Borrador incompleto de una carta del general don José Joaquín Mora a don Rafael Carrera, Presidente de Guatemala. Año de 1857 (1)

Excmo. Señor Don Rafael Carrera,
General Presidente de la República de Guatemala

San José, Junio 18 de 1857.

Señor:

He tenido el placer de recibir varias cartas de V. E. las cuales he contestado·

Aquí estamos trabajando por cerrar las heridas que la peste y la guerra abrieron a nuestra naciente República.

Trabajamos también por arreglar de nuevo el tránsito por el río de San Juan, pues estamos convencidos de que no haciéndolo así, se nos echará encima el mundo entero, armándose contra nosotros. No hallamos más garantía para Centro América sino que Costa Rica, interviniendo en estas empresas y guardando siempre el río de San Juan, vele por la seguridad común. Yo temo que hallaremos dificultades en la torpeza de ciertos hombres y lo siento, porque nos pudieran acarrear nuevos riesgos. Ya he dicho a V. E. que al llegar a Nicaragua me animaban los mejores sentimientos hacia los jefes del partido legitimista y que al tratarlos cambié enteramente: falsos, ambiciosos, miserables en sus ideas, en vez de servir francamente a la causa nacional, la posponían por prepararse a la guerra civil. Procuraban alucinarme con falsas protestas y apariencias, y entorpecían mi acción oponiéndose ocultamente a todos mis planes por mezquinos celos. Cuando pude arrancarlos de San Jorge, hice que Chamorro ocupara el mejor y más seguro puesto con 500 hombres. Para completar el asalto del 23 de Marzo, le ordené atacar la hacienda de Maliaño cercana a su puesto. Mis órdenes relativas a las columnas de asalto fueron entorpecidas, a pesar de la actividad con que me ayudó Zavala, y Chamorró atacó con tal flojedad que ni siquiera logró apoyar el asalto de la plaza, distrayendo al enemigo. Al siguiente día le mandé apoderarse de la casa de Santa Ursula, para extender la línea de circunvalación por su lado, y nada consiguió. Tanto esta empresa como la de Maliaño, bien ejecutadas, debieron tener un éxito completo. Xatruch, ligado con Chamorro y ridículamente celoso de mi nombramiento que había tomado a ofensa, era uno de los que más me daban que hacer. Le di orden de ocupar la Puebla de Rivas con 450 hombres y casi se resistió, pues creía temeraria la empresa; la retardó un día y al fin, usando de autoridad y astucia, le obligué a obedecer. Una vez fortificado halló que mi disposición había sido oportuna. Le advertí que teniendo bastante gente encerrada en una pequeña colina, debía extender su línea, formando nuevos cuadros a los flancos para estrechar el sitio; pero mi buen Xatruch adivinó que tenía descubierta su retaguardia (¡su retaguardia no habiendo enemigo exterior, ni osando los sitiados salir de la plaza!) y formó un cuadro atrás para protegerla.

(1) Archivos Nacionales. S. G. Nº 36.

No bastándole con esto e insistiendo en su peregrina idea, formó otro aún para proteger al segundo cuadro y desde entonces no cesó de fastidiarme, quejándose de no tener gente. ¿Qué me tocaba hacer? Disimular antes que producir un rompimiento que originara faltas tales que no fuera posible dejar sin riguroso castigo.

En el asalto del 11 de Abril (que yo quise efectuar a medianoche del 10) hallé contrariedades, tuve contra mi parecer y por dar gusto que variar la hora, y vi mis órdenes cumplidas con inexactitud e indiferencia: después supe que Xatruch había de antemano tenido conversaciones con oficiales costarricenses que debían entrar en la acción, procurando desanimarles e inspirándoles ideas de insubordinación. Desde este día no encomendé ya empresa alguna a los malcontentos: cuando quería ocupar un puesto, les mandaba pedir a sus respectivos campos la gente que necesitaba y encomendaba la expedición a algún jefe de confianza. Muchas veces, por no tocar con ellos, tomaba gente de Zavala y mía en las Esquinas, y hubo día en que mi Cuartel General no contaba 50 hombres.

El 12 de Abril supe que 500 salvadoreños, al mando del general Asturias, habían llegado a León. El citado jefe me participó el arribo de esta fuerza, poniéndola a mis órdenes. Inmediatamente envié los vapores *Virgen* y *San Carlos* a Granada con orden de esperarle, y pasé nota a Asturias avisándole de esto y ordenándole pasar a embarcarse para venir a mi campo. Dos días le aguardaron los vapores y al cabo de ellos recibieron una nota de Asturias para mí y la noticia de que la tropa salvadoreña no vendría a embarcarse. Con esto retornaron a San Jorge. Decíame Asturias que había recibido orden del general Barrios, para no mover su tropa hasta que él llegara a León con la gente que en San Miguel reclutaba.

Ya he dicho a V. E. las razones que me impulsaban a acelerar la conclusión de la guerra, pero existían otras ocultas que le diré ahora. Después de la torpeza de Barrios e insubordinación de Asturias, poco podía yo esperar de los salvadoreños, pues aunque valientes tenían a su cabeza dos revoltosos, que unidos a los que ya existían en el Ejército iban a aumentar el desorden. Además, su gente, no aclimatada aún, debiendo llegar como a fines de Mayo según la disposición de Barrios, corría gran riesgo de hacer contagioso el cólera y producir una derrota en vez de ser útil. Yo tenía mi plan formado para acabar la guerra antes del 15 de Mayo; veía que los salvadoreños no llegarían a tiempo y, queriendo disimular aún esta nueva falta sin dar lugar a contestaciones que trasluciéndose en el exterior consagraran la opinión de los que nos tienen por bárbaros, contesté a Asturias que quedaba entendido.

El 26 de Abril no contaba yo en los puestos de sitio más de 1.200 hombres y sabía ya que los filibusteros tenían aún 600 de pelea. El comandante Davis, reconocido porque permití que las mujeres y niños salieran de la plaza, había venido a mi campo y trabado amistad conmigo. Tiempo había que combinaba yo el modo de hacerle servir a nuestra causa. Ostenté ante él nuestra artillería y ésta no cesó de jugar mientras se halló en el campo; le hice entender que me era posible reunir seis mil hombres para atacar la ciudad, y que si ya no lo había hecho era por evitar la efusión de sangre. El creyó inevitable la muerte de aquellos 600 salteadores,

que a haber tenido valor de atravesar mi débil línea hubieran podido proporcionarse subsistencias a cualquier hora y prolongar la guerra hasta que vinieran a favorecerlos nuevos refuerzos, el cólera o las disensiones intestinas.

Cuando yo vi a Davis convencido del infalible y pronto triunfo de nuestras armas, le dije: que antes de intentar el final asalto iba a intimar la rendición a Walker. Davis se ofreció a hacerlo, desempeñando el papel que a uno de mis oficiales tocaba, y yo, que no buscaba otra cosa, acepté. Escribió a Walker ponderándole mis fuerzas y su riesgo. Le intimó que se rindiera. El filibustero pidió garantías para su vida y las de sus secuaces, que su gente saliera con los honores de la guerra y pasaje para los que quisieran ir a Estados Unidos. Les negué los honores y concedí las vidas y pasajes, compensando en parte el gasto de éstos con las armas y municiones. Por supuesto, yo concedía vidas e imponía condiciones a un enemigo cuya posición real era mejor que la mía. En fin, Rivas se rindió, finalizó la guerra y fueron lanzados los extranjeros de Centro América.

Xatruch, Martínez y Chamorro quedaron según....

Manuscrito de Don Félix Torcuato Hidalgo [1]

Apuntes de acontecimientos notables ocurridos en el presente siglo.

Aunque yo nací el 22 de mayo de 1808, tuve noticia de haber habido una enfermedad de sarampión el año de 1804, que cortó varias vidas y causó algunos impedidos.

1811. Este año salió de Costa Rica tropa para Granada (2). Se infiere que fué algún auxilio, pues en ese tiempo Nicaragua y Costa Rica casi componían una sola provincia.

En el año de 1813 don Antonio Pinto se casó con doña María del Rosario Castro, única matrona de aquel tiempo que existe en San José.

1815. Entró el R. I. fray Nicolás García, obispo de León. Confirmó y regresó como al mes. Parece que antes del señor García sólo dos obispos habían visitado a Costa Rica, que lo fueron el señor Zatarain, que confirmó en la pri-

---

(1) Archivos Nacionales. S. G. Nº 8. Este documento fué publicado hace algunos años por el Lic. don Octavio Quesada, atribuyéndolo al presbítero don Santana Tiburcio Fernández; pero esto es un error evidente, porque el padre Fernández murió en abril de 1866 y el manuscrito está fechado el 19 de mayo de 1877. Además, las iniciales F. T. H. que figuran al pie del documento, no son las del nombre y apellido de este sacerdote, sino las del verdadero autor, o sea don Félix Torcuato Hidalgo quien fué efectivamente bautizado en San José el 22 de mayo de 1808, fecha que el autor da como la de su nacimiento en su manuscrito.

(2) Esto fué en abril de 1812.